

## 2.2

### LA SUBORDINACIÓN SIMBÓLICA COMO FUENTE DE VIOLENCIA: EL LENGUAJE COMO VEHÍCULO DE DISCRIMINACIÓN CONTRA LAS MUJERES<sup>1</sup>

**Mercedes Bengoechea**

Decana de la Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Alcalá  
NOMBRA (Comisión Asesora sobre Lenguaje del Instituto de la Mujer)



### Resumen:

Todas las sociedades en las que existe violencia de género comparten la idea de la superioridad del sexo masculino. Las instituciones y prácticas de estas sociedades se organizan a partir de esa base, hasta hacer realidad el propio supuesto. Y en todas esas sociedades el lenguaje tiene un papel que jugar en esa discriminación, por tratarse del vehículo transmisor de la ideología de la superioridad masculina. Entre otros rasgos, en las culturas en las que el varón goza de una posición de dominio, los términos para nombrar a los hombres representan a la vez lo positivo y lo neutro; mientras, las mujeres representan lo negativo o subordinado, lo que no es universal. Sin embargo, en la nueva sociedad que estamos creando no cabe un lenguaje que no esté regido por la simetría y la reciprocidad.

<sup>1</sup> La investigación sobre la que se basa este artículo se inserta en el marco del proyecto BFF2003-00655, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (MCyT).

Puesto que la violencia de género no es privativa de nuestro país, si buscamos llegar a la raíz de la violencia, parece razonable estudiar las coincidencias estructurales que se producen en España y en países en los que la violencia es también endémica. ¿Qué elementos comunes comparten las sociedades sexistas (y casi todas lo han sido en los últimos siglos)? Entre otras coincidencias, la idea de la superioridad del sexo masculino se halla en los cimientos simbólicos de todas ellas. Las instituciones y prácticas de las sociedades con violencia de género se organizan a partir de la supuesta superioridad masculina, hasta hacer realidad el propio supuesto. Y en todas esas sociedades, el lenguaje tiene un papel que jugar en la discriminación de la mujer, por tratarse del vehículo transmisor de la ideología de la superioridad masculina: el uso del lenguaje repercute de forma fundamental en la forma en la que pensamos sobre las mujeres y en la propagación de la discriminación<sup>2</sup>.

Los vínculos entre género y lenguaje son básicos a la hora de entender cómo perpetuamos mentalmente la discriminación sexista. Por una parte, si una sociedad es sexista, ese hecho se refleja indefectiblemente en su lenguaje, que contará necesariamente con construcciones sexistas (No conozco ninguna sociedad sexista cuyo lengua no sea un repositorio de vocabulario, usos verbales o construcciones gramaticales discriminatorias)<sup>3</sup>. En segundo lugar, gracias a los usos verbales sexistas, esa sociedad re-construye la discriminación y la desigualdad. Pongamos un ejemplo tomado del castellano. Una sociedad en la que al sexo femenino se le veda el mundo público y se le reserva el hogar como territorio propio denomina a las mujeres que andan por la calle ejerciendo la prostitución *mujeres públicas*. El mismo hecho de que exista tal denominación indica que se ha originado en una sociedad que impedía a las mujeres acceder al mundo público de la “polis”. Pero esa denominación no es sólo un poso histórico: cada vez que se denomina a una mujer que ejerce la prostitución *mujer pública*, estamos vedando a las mujeres –si no es como ramera– la posibilidad “simbólica” de ocupar espacios públicos, que conceptualmente seguirán reservados a los varones.

Casi nadie niega que a lo largo de la historia de las sociedades patriarcales –de todas ellas– la posición inferior femenina se ha reflejado en el lenguaje usado para nombrarlas. Lo que a veces parece más difícil de aceptar –y no obstante resulta igual de nítido– es que a través de esa forma degradada de referirse a ellas se constituyen y se continúan las desigualdades entre mujeres y hombres. Muchas de las personas que rechazan esta idea, son, sin embargo, plenamente conscientes de que un cierto periódico deforma la realidad al codificar sus mensajes de una determinada manera, o de que la clase gobernante de cualquier signo pone especial empeño en contar con un eficaz gabinete de comunicación y propaganda porque quien controla la codificación del mensaje tiene más posibilidades de controlar las ideas sobre la realidad que tendrán quienes escuchan el mensaje. En estos casos sí tenemos conciencia de que el lenguaje crea mundos mentales.

---

<sup>2</sup> El mero hecho de que sea materia controvertida y foco de atención constante señalan la importancia de lo que está en juego.

<sup>3</sup> Incluso las llamadas lenguas sin género, como el finés, el turco, o, en menor medida, el inglés, recurren a una de las vías, o a las tres a la vez, mediante usos como: derogación semántica de términos aplicados a mujeres, desigualdad en el vocabulario referido a los sexos, prioridad a la hora de nombrar a mujeres y hombres, construcciones donde el varón es el agente activo y la mujer el recipiente pasivo de las acciones...

El patriarcado no podría haberse desarrollado como lo ha hecho, ni alargado en el tiempo durante tantos siglos, si no hubiesen existido unos mecanismos de aceptación de la situación anclados en los mitos y en el lenguaje cuya finalidad era la de explicar, justificar, naturalizar y re-crear la inferioridad femenina y su corolario, la superioridad masculina. Recordemos que el lenguaje, las creencias y los mitos son los instrumentos con los que accedemos a la realidad e interpretamos el mundo y a los seres humanos. Durante siglos se ha aceptado una realidad económica, jurídica, familiar, religiosa o mitológica que eran sexistas, por una parte, porque esas realidades se apoyaban la una a la otra (gozaban de consonancia cabal entre sí), y, por otra parte, porque el lenguaje en el que se codificaban tales realidades no permitía mucho margen de maniobra. El lenguaje sexista ha ayudado a preparar nuestra mente para “naturalizar” la idea de la subordinación e inferioridad femeninas. Las estructuras socioeconómicas y mentales estaban interconectadas.

## Apropiación de lo universal por parte de lo masculino

Ya Simone de Beauvoir, explicaba en el que ya es uno de los ensayos filosóficos de mayor trascendencia del siglo XX, *El Segundo Sexo* (1968: 15), que en las culturas en las que el varón goza de una posición de dominio, los términos para nombrar a los hombres representan a la vez lo positivo y lo neutro (como indica el hecho de que el masculino sirva para designar a la vez al varón y al ser humano en general; o al oficio, el cargo o la profesión y al varón que los desempeña: “Luis Pérez, médico”-“Voy al médico”); mientras, las mujeres representan lo negativo, lo-que-no-es-varón, lo que no es universal, lo que es marginal o subordinado. En las lenguas patriarcales no existe reciprocidad ni simetría entre las formas de representar y nombrar a unos y otras.

En castellano, el más eficaz vehículo con el que el patriarcado ha constituido al varón en ser humano universal se encuentra en el uso del masculino como específico de varón y como genérico de varones y mujeres. Uno de los problemas que conlleva la utilización del masculino como género gramatical universal es que hablamos sólo en masculino y pensemos sólo en hombres. Es decir, olvidamos la existencia femenina. El uso del masculino como genérico exacerba la tendencia existente a pensar sólo en varones, que viene originada por la proliferación de hombres en el mundo público: ¿Quién imagina *notarias* cuando se habla de los *notarios*?

La razón no es que haya pocas notarias. Juan Cuesta, periodista de TVE, colaborador del IORTVE y profesor de Comunicación llevó a cabo un experimento sobre percepción de las mujeres cuando se utiliza lenguaje androcéntrico<sup>4</sup>. Planteó a su alumnado que escribiese una narración sobre el siguiente tema: “El primer día en la Facultad de un alumno de Ciencias de la Comunicación”. El alumnado, compuesto por 30 chicas y 10 chicos, describieron las experiencias de **un alumno**. A ninguna de las cuarenta personas se le ocurrió hablar de las experiencias de **una alumna**.

<sup>4</sup> Comunicación personal de Juan Cuesta durante las reuniones del grupo de personas expertas encargadas de la elaboración de unas Orientaciones para la producción de programas infantiles de televisión (Madrid, Instituto Oficial de RTVE, 4 octubre 2005)

No es el único ejemplo. Desde los años 70, se han llevado a cabo estudios experimentales, desde la psicología social, desde la sociolingüística y desde la pedagogía, sobre los efectos negativos que el lenguaje sexista y androcéntrico tiene en la percepción y evaluación de las mujeres. Las investigaciones proporcionan evidencia suficiente de que la utilización de masculinos genéricos como *los andaluces*, *los jueces*, *los fiscales* tiene consecuencias negativas en la forma de percibir (e ignorar) a las andaluzas, las juezas o las fiscalas. Los masculinos visibilizan lingüísticamente a los hombres e invisibilizan lingüísticamente a las mujeres. Perpetúan las creencias sociales sobre la insignificancia femenina al ignorar verbalmente la presencia femenina y omitir nombrar a las mujeres incluidas en esos colectivos.

Las propias mujeres dudan sobre la posición en las que las coloca el masculino. Diversos estudios han demostrado que concurren menos mujeres a anuncios de trabajo redactados en masculino que a anuncios redactados en femenino y masculino (*Jefe/a de taller*). De hecho una de las investigaciones llevadas a cabo sobre ese tema en los Estados Unidos (Bem y Bem 1973) sirvió como testimonio de la acusación en un juicio por discriminación laboral en razón del sexo<sup>5</sup>. La investigación concluía que pocas mujeres se sentían inclinadas a solicitar puestos de trabajo tradicionalmente ocupados por varones cuando se publicitaban en masculino (como por ejemplo, *soldador*).

Se ha llegado a afirmar que, históricamente, cuando se utiliza el masculino universal para referirse a sanciones, el masculino engloba a mujeres y hombres, pero que, sin embargo, si una ley regula beneficios o privilegios, a menudo los tribunales han fallado que la legislación no se había redactado con la intención de incluir a mujeres en el masculino universal (Weatherall 2002: 29). Aunque obviamente se trate de una exageración, contamos con ejemplos que dan pie a este tipo de afirmaciones<sup>6</sup>: En una famosa demanda de 1979 contra la Administración Estatal de Massachusetts, que fue acusada de discriminar a las mujeres porque favorecía la contratación de **veteranos** de guerra, se falló que, puesto que entre "*los no veteranos*" había tanto mujeres como hombres, se discriminaba a todas las personas por igual<sup>7</sup>. El fallo no entró a valorar lo fundamental: que no existían mujeres entre *los veteranos*. La sentencia decía a las mujeres norteamericanas que la frase "los no veteranos" podía incluirlas, pero no se pronunciaba sobre si "los veteranos" las incluía o no.

En Holanda en 1883 Aletta Jacobs solicitó ser incluida en el censo electoral porque, como "residente" (*ingezetenen* –término supuestamente universal), tenía derecho al voto. La respuesta del Alto Consejo (*Hoge Raad*) fue que en el término no estaban comprendidas las mujeres<sup>8</sup>. También en 1957, unos años antes de la aprobación del voto femenino en Suiza, algunas habitantes del cantón francófono de Vaud reclamaron su inclusión en el censo electoral alegando que la ley que regulaba el sufragio, en su artículo 23, utilizaba los términos "*tous les Suisses*" (todos los suizos), y que «en el uso común y legal contemporáneo, se interpreta que el masculino abarca también el femenino». El Tribunal Supremo Federal Suizo negó esta interpretación, por lo que, a la hora

<sup>5</sup> Según comenta Ann Weatherall (2002: 29), sin dar más datos.

<sup>6</sup> Los tres ejemplos que siguen han sido utilizados en Bengoechea (2006a).

<sup>7</sup> Eisenstein (1988).

<sup>8</sup> Verbiest (1990) ; Pauwels (1998).

de aprobar la ley federal que otorgó finalmente a las mujeres el derecho al sufragio en 1971, ¡¡¡se tuvo cuidado en redactar el artículo 74 de la Constitución Federal (*Bundesverfassung*) como el derecho de “*Schweizer und Schweizerinnen*” (“suizos y suizas”)!!!<sup>9</sup>.

La apropiación masculina de lo universal y, a la vez, lo positivo puede asimismo descubrirse consultando el texto al que podríamos denominar “Código de la Lengua Española”: el *Diccionario* de la Real Academia (2001)<sup>10</sup>. Como denunciara Simone de Beauvoir, la consecuencia de tal apropiación es la subordinación femenina, un arrinconamiento de las mujeres que las sitúa en posiciones subsidiarias. Queda esto patente en definiciones referidas a antropónimos geográficos, étnicos, religiosos o profesionales, donde se adscribe a los varones pertenecientes a colectividades geográficas, étnicas, religiosas o profesionales el nombre del grupo, reservando para las mujeres del grupo, denominadas en atención primordial a su sexo, un nombre auxiliar. De este modo, por poner un ejemplo, según el *Diccionario*, *musulmanes* son los varones que profesan esa religión; a las mujeres que la profesan se las denomina *mujeres musulmanas*:

**chador.** m. Velo con que las mujeres musulmanas se cubren la cabeza y parte del rostro.

“las musulmanas” habría bastado, especialmente porque el DRAE no hace mención al sexo masculino en entradas que únicamente pueden referirse a musulmanes varones:

**almuédano.** m. Musulmán que desde el alminar convoca en voz alta al pueblo para que acuda a la oración. (nótese que sabemos que sólo puede ser un hombre)

**morabito.** m. Musulmán que profesa cierto estado religioso parecido en su forma exterior al de los anacoretas o ermitaños cristianos. (nótese que sólo puede ser hombre)

**muecín.** m. Musulmán que convoca desde el alminar. (nótese que sólo puede ser hombre)

Vemos, pues, que en *mujeres musulmanas*, el uso redundante del término “mujer(es)”, núcleo del grupo nominal, seguido de un adjetivo que lo complementa, resulta profundamente asimétrico, dado que el sexo no se explicita de los varones. La principal función de la aposición *las mujeres musulmanas* no es comunicativa (“las musulmanas” bastaría para dar la información requerida), sino clasificatoria, constructora del posicionamiento femenino. Este mecanismo lingüístico contribuye decisivamente a situar cognitivamente al sujeto femenino en una situación secundaria en el orden simbólico, precisamente al construirlo como “mujer” por encima de cualquier otra consideración, fuera de los límites de lo social (que sería la asignación por la religión o, como veremos inmediatamente, por su origen geográfico, étnico o profesional).

<sup>9</sup> Guentherodt (1994); Pauwels (1998).

<sup>10</sup> Estos aspectos están tratados más extensamente en Bengoechea (2006b).



Como acabo de anticipar, este fenómeno no se produce sólo con antropónimos religiosos. Ocurre también (si bien, no siempre) con gentilicios que denoten patria, nación, etnia, etc. Y en muchos referidos a la profesión, cargo o título:

**guanepe.** 1. m. Ven. Especie de cesta en la cual las mujeres indígenas llevan a los niños en su pecho.

**huipil.** 2. m. El Salv. Enagua o falda que usan las mujeres indígenas.

**memeches.a** ~.1. loc. adv. Guat. Dicho de llevar las mujeres indígenas a los niños: A la espalda, sujetos con el rebozo, manta, etc.

**campilán.** 1. m. Sable recto y ensanchado hacia la punta, usado por los indígenas de Joló, en Filipinas.

**guayuco.** 1. m. Col., Pan. y Ven. Taparrabo usado por los indígenas americanos.

Es éste un mecanismo de posicionamiento social, cognitivo, simbólico del sexo femenino que conduce a la naturalización del derecho masculino a ocupar en propiedad casi exclusiva el espacio simbólico que denota la etnia, nacionalidad o religión; y que alcanza su culminación con algunos cargos y profesiones:

**alcaldesa.** 1. f. Mujer que ejerce el cargo de alcalde.

**alcalde.** 1. m. Presidente del ayuntamiento de un pueblo o término municipal, encargado de ejecutar sus acuerdos, dictar bandos para el buen orden, salubridad y limpieza de la población, y cuidar de todo lo relativo a la Policía urbana. Es además, en su grado jerárquico, delegado del Gobierno en el orden administrativo.

**fiscal.** 1. f. Mujer que ejerce el cargo de fiscal.

**fiscal.** 3. com. Persona que representa y ejerce el ministerio público en los tribunales.

**jueza.** 1. f. Mujer que desempeña el cargo de juez.

**juez.** 1. com. Persona que tiene autoridad y potestad para juzgar y sentenciar. 2. com. Miembro de un jurado o tribunal. 3. com. Persona nombrada para resolver una duda.

Todos los ejemplos anteriores demuestran que el *Diccionario* de la RAE sitúa a los varones de esas colectividades como poseedores del nombre colectivo y profesional. El derecho masculino a la posesión casi en exclusiva de los cargos y de la mayoría de profesiones se refrenda una y otra vez en el BOE y en el discurso legal:

MINISTERIO DE JUSTICIA (BOE 18 de 21/1/2004)

RESOLUCIÓN de 22 de diciembre de 2003

Esta Dirección General ha acordado, en uso de las facultades atribuidas por el artículo cuarto.e) del Real Decreto 1474/2000, de 4 de agosto, nombrar para desempeñar el cargo de **Notario Archivero de Protocolos** del Distrito Notarial de Jerez de los Caballeros, Colegio Notarial de Extremadura, a **doña M<sup>a</sup> del Carmen Vela Fernández, Notario** con residencia en dicha localidad.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Esta Orden se podría haber redactado sustituyendo "Notario" por "Notaria", con lo que se lograría mayor exactitud y desembarazarse del masculino androcéntrico: "... nombrar para desempeñar el cargo de **Notaria Archivera de Protocolos** del Distrito Notarial de Jerez de los Caballeros, Colegio Notarial de Extremadura, a **doña M<sup>a</sup> del Carmen Vela Fernández, Notaria** con residencia en dicha localidad". Otras veces, puede sustituirse "notario" por "titular de la Notaría" sin que pierda un ápice de sentido, claridad o belleza la frase.

Otro de los efectos de hacer del varón el centro del universo de las lenguas de sociedades sexistas es convertir en **androcéntricas** no sólo a las lenguas, sino al propio pensamiento formulado con ellas:

«el problema es que el planeta se está calentando muy deprisa. [...] Habría que cambiar algunas cosas: deberíamos vivir cerca de los trabajos [...] Habría que olvidarse de ir con **chaqueta y corbata** a una oficina enfriada por algo que energéticamente es tan monstruoso como el aire acondicionado. [...]. Nuestros líderes culturales, políticos y económicos deberían sustituir **la chaqueta y la corbata** por algo como la chilaba, tan cómoda y fresquita.» (Miguel Boyer Arnedo, El País, Tribuna, 21 de septiembre de 2005) (¿Debemos también las mujeres quitarnos la corbata?).

## Prelación del varón

El orden de aparición al nombrar a unas y otros también es heredero de siglos de predominio masculino. Excepto en la frase cortés *damas y caballeros* (que no es sino una “educada concesión” a las mujeres), prácticamente todos los pares de palabras del español (*padre y madre; él y ella; niños y niñas; marido y mujer*, etc.) anteponen el varón o el grupo masculino. Pero la prelación masculina a la hora de nombrar hombres y mujeres no se limita a reflejar el orden patriarcal: lo re-construye al re-crear cada vez que aplicamos ese orden en nuestra mente la idea de la superioridad “natural” del varón frente a la mujer.

Es reflejo del mismo orden social patriarcal que ha obligado en los últimos siglos a la prelación de apellidos paterno-materno. En 1998 el Defensor del Pueblo todavía consideraba que el régimen de los apellidos familiares «constituye un principio de orden público» que afecta a la organización social y «queda sustraído al juego de la autonomía de la voluntad de las partes», según la contestación remitida a un matrimonio navarro que durante casi un año había sostenido una batalla legal para poner a su hija el apellido de la madre en primer lugar. Pese a ello, pocos años después el empeño de esta pareja y de tantas otras personas por desmontar ese primer ladrillo del edificio del simbólico patriarcal se vio recompensado, y el Parlamento aprobó que fueran las partes quienes decidieran respecto al orden de apellidos.

## Otros usos verbales de discriminación femenina

Las fórmulas de apelación y los vocativos usados para dirigirse y referirse a mujeres y hombres también muestran asimetría. Un ejemplo sería la tendencia a denominar a las mujeres por el nombre de pila únicamente, mientras para los hombres se reservan fórmulas indicativas de mayor respeto, como (el nombre y) el apellido:

«La única que puede parar a Hillary es Condi» (Dick Morris, consultor político y ex asesor del Presidente Clinton, entrevistado en El País, Domingo, 9 de octubre 2005: 6)

Este trato, que otorga la prensa no sólo a personalidades públicas como Hillary Clinton o Condoleezza Rice, sino también hasta hace bien poco a víctimas de violencia de género (la Luisi) señala la supuesta falta del respeto que las mujeres merecen, incluso cuan-

do son dirigentes públicas. Este tipo de tratamiento lingüístico hacia las mujeres contiene un mensaje subliminal dirigido a toda la sociedad que indica la poca dignidad de que son acreedoras las mujeres. De igual modo, cuando se mencionan innecesariamente las relaciones familiares o amorosas de las mujeres o su presunta juventud, cuando se destaca la profesión del agresor, pero se olvida hacer mención de la profesión de la víctima, se está diciendo a la sociedad que ellas, estén en la posición que estén, pertenecen al mundo íntimo y familiar de donde no deberían haber salido. Cuando se fija la atención en el aspecto físico femenino en contextos donde es irrelevante:

«La mujer con las más bellas piernas del gobierno irrumpe en un mundo de hombres». (Así celebraba El Mundo la elección de Michèle Alliot-Marie como Presidenta del RPR francés el 6 de diciembre de 1999)

se está recordando que, por encima de su posición en el mundo público de la política, ella es un objeto a consumir por la mirada ajena.

## Conclusiones

La supremacía masculina y el desprecio hacia las mujeres son el caldo de cultivo de la violencia de género. El lenguaje sexista colabora activamente a establecer y mantener a nivel cognitivo y simbólico la superioridad de los hombres y una consideración negativa hacia las mujeres.

Si educar en la igualdad y el respeto es una forma de prevenir la violencia de género, la utilización y la enseñanza de un lenguaje no sexista y no androcéntrico ayudan a minar el contexto simbólico que hace posible la violencia.

Existe sin embargo una tendencia a trivializar o ridiculizar los intentos de cuestionar el uso actual de la lengua y cambiar aquéllos que ignoran o degradan a las mujeres con argumentos tales como: “Siempre ha sido así”; “Cuando cambie la sociedad, ya cambiará el lenguaje”; “Son exageraciones”... La virulencia de algunos de estos ataques demuestra que las reglas verbales tiene un componente profundamente ideológico. Precisamente por esa razón los cambios en el uso de la lengua no favorecen a “las” feministas, sino a toda una sociedad que desea verse libre de desigualdades entre mujeres y hombres, de la lacra de la discriminación de la mitad de su población. El cambio se origina en la mente, y la mente del ser humano es eminentemente lingüística. En la nueva sociedad que estamos creando entre todos y todas no cabe un lenguaje que no esté regido por la simetría y la reciprocidad. En este momento, el uso “normal” de la lengua es una traba para lograrlo porque ni nombra simétricamente a los dos sexos ni representa relaciones recíprocas entre ambos.



## Referencias

- de Beauvoir, Simone. 1968. El Segundo Sexo. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Bem, S. L. y D. J. Bem. 1973. "Does sex-biased job advertising 'aid and abet' sex discrimination?". Journal of Applied Social Psychology 3(1): 6-18.
- Bengoechea, Mercedes. 2000. "Historia (española) de las primeras sugerencias para evitar el androcentrismo lingüístico". Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad, volumen 2, nº 3: 53- 48.
- Bengoechea, Mercedes. 2006a. "Necesidad de poseer cuerpo y nombre para acceder plenamente a la ciudadanía". Ponencia incluida en la Mesa Redonda: "El concepto de ciudadanía desde la perspectiva constitucional y las implicaciones del lenguaje". Actas del Congreso "Género, Constitución y Estatutos de Autonomía" (en prensa)
- Bengoechea, Mercedes. 2006b. "Problemas estructurales en la construcción del sujeto femenino en el Diccionario de la RAE: Homogeneización y esencialismo biológico" (en prensa)
- Diccionario de la Real Academia. 2001. Madrid: Espasa Calpe, 22ª edición.
- Eisenstein, Zillah R. 1988. The female body and the law. Berkeley: University of California Press.
- Guentherodt, Ingrid. 1984. Androcentric language in German legal texts and the principle of equal treatment for women and men. Journal of Pragmatics 8: 241-60.
- Lledó Cunill, Eulàlia. 1999. Cómo tratar bien los malos tratos: Manual de estilo para los medios de comunicación. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer y RTVA.
- Pauwels, Anne. 1998. Women Changing Language. London: Longman.
- Verbiest, Agnes. 1990. Het gewicht van de directrice. Taal over, tegen en door vrouwen. Amsterdam: Uitgeverij Contact.
- Weatherall, Ann . 2002. Gender, Language and Discourse. London: Routledge.

